

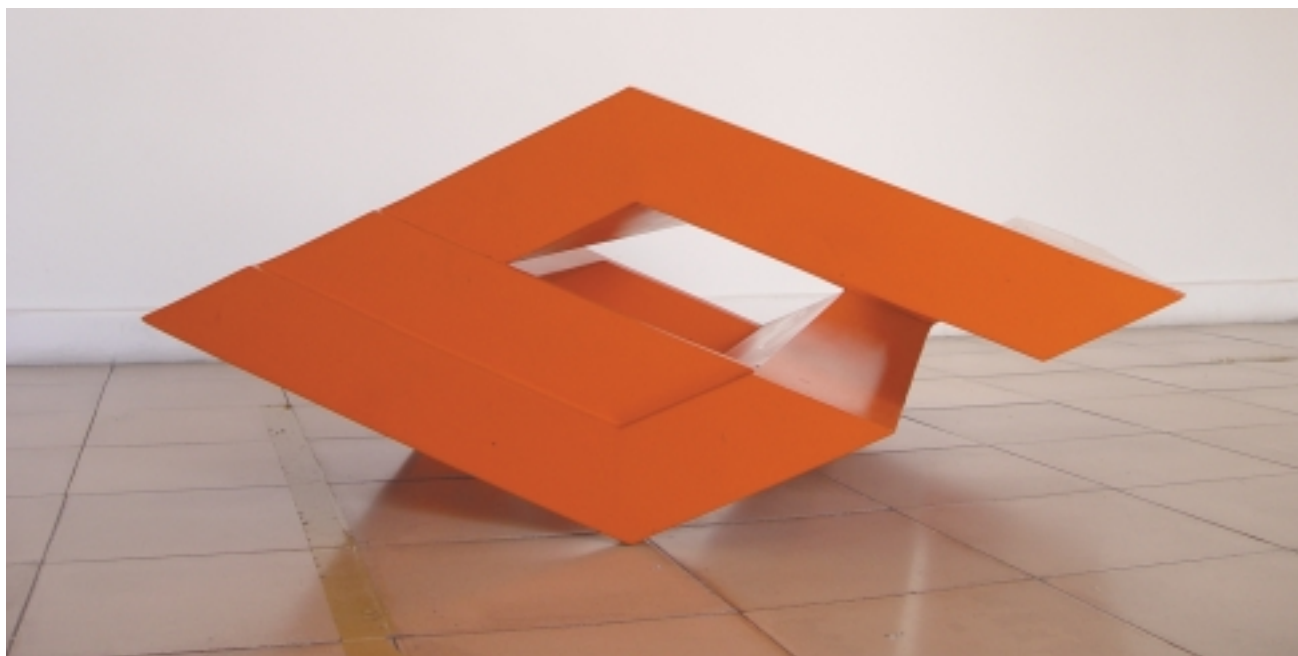


Eduardo Ramírez Villamizar es no sólo uno de los artistas colombianos más importantes de la centuria pasada, sino uno de los escultores latinoamericanos más notables de los últimos decenios. Su obra se ve excelente al lado de la de otros constructores en metal como Mathias Goeritz (1915-1990) de México, Alejandro Otero (1921-1990) de Venezuela, Amilcar de Castro (1920-2002) de Brasil y Édgar Negret. Varios críticos destacados se han referido en términos muy positivos al trabajo de Ramírez Villamizar. En seguida unos pocos ejemplos: “El arte de Eduardo Ramírez representa uno de los pocos estilos unificados, consecuentemente desarrollados, que han aparecido entre los muchos artistas latinoamericanos que han estado comprometidos, a mediados del siglo XX, en la exploración del constructivismo artístico” (Stanton Catlin); “La escultura de Ramírez adelanta con una especial pureza de perfección los principios geométricos abstractos del constructivismo. Su arte es verdaderamente constructivo en el complejo sentido de la definición de uno de los más influyentes originadores del movimiento, Naum Gabo, según el cual es constructivismo es una manera de pensar, actuar y percibir y una manera de vivir [...] Cualquier cosa o acto que mejore la vida, la impulse y le agregue algo en el sentido de crecimiento, expansión y desarrollo, es constructivo” (Ida Rubin); “La escultura de Ramírez Villamizar no describe hechos pasados, no es narrativa ni discursiva, vive en el presente. Vivir el presente no significa, sin embargo, inmiscuirse en las circunstancias del momento. Es captar aquellos ritmos vita-

les y generales no siempre percibidos en el caos cotidiano. Las esculturas de Ramírez Villamizar sugieren frescura y ligereza y, al mismo tiempo, parecen permanentes, durables, eternas. Es esta su cualidad ‘clásica’ (Frederico Morais); “América produce anarquistas de la pintura: pero también, como excepción que confirma la regla, genera ascetas. Tal es el caso de Soto y Alejandro Otero en Venezuela, de Fernández Muro de Argentina, de Mérida en Guatemala, de Ramírez Villamizar en Colombia [...] América será siempre imprevisible. La obra del colombiano no se relaciona con ninguna condición externa determinante: solo con la meditación llevada a sus introspecciones más solitarias, desmembrada del caos, isla dura, acantilado donde se consuma un nuevo acto de fe, el del hombre en su razón y en su poder ordenador” (Marta Traba). Palabras certeras, todas las anteriores, que se pueden resumir diciendo que la producción de Ramírez Villamizar, plena de coherencia a lo largo de muchos años, viene de la tradición del constructivismo, que no solo es un procedimiento para realizar esculturas, sino una manera de actuar y crear presidida por la razón y orientada hacia lo permanente, armónico y verdaderamente clásico.

Desde varios de sus óleos abstractos de fines de los cincuenta –“El Dorado”, en 1957, por ejemplo– hasta muchas construcciones de los últimos años, la obra del escultor tiene entronques con el arte precolombino. Aunque varios escultores latinoamericanos han hecho trabajos relacionados con el mundo prehispánico (Marta Calvin de Chile, Gonzalo Fonseca de Uruguay, Lika Mutal de Perú, entre otros), puede





Eduardo  
Ramírez  
Villamizar



decirse que el colombiano es el artista que más y más directamente ha trabajado recordando el rico universo formal precolombino. Si después de las pinturas de los cincuenta el escultor realizó especialmente relieves con referencias prehispánicas (“Relieve dorado”, 1958-1959, para la sede del entonces nuevo edificio del Banco de Bogotá; “Serpiente precolombina”, 1961 y 1964 –una obra diferente a la primera–; “Pectoral precolombino”, 1969 y “Altar Precolombino”, 1979’–un relieve de piso–, entre otros), en años recientes se hicie-







ron constantes las construcciones en hierro oxidado relacionadas con el arte precolombino: la serie “Recuerdos de Machu Pichu”, y luego sus numerosas variaciones; “Máscaras”, “Trajes ceremoniales”, “Piedras cansadas”, “Deidades agustinianas”, “Ídolos ofrendas”, “Templos”, “Terrazas”, “Mantos Emplumados”, etc. Una relación que nunca fue meramente nominal, pero que tampoco fue de transcripciones más o menos directas. Para el historiador Álvaro Medina, “La característica fundamental de la obra que el escultor colombiano ha venido realizando –en torno de lo precolombino– es la de ser figurativa. Atrás ha quedado la abstracción total y pura de otras épocas. Podemos reconocer

El escultor conoció los principales lugares arqueológicos de América Latina, y estas vivencias le ayudaron a fortalecer su concepción de las formas y le estimularon a desarrollar las más variadas recreaciones de lo precolombino. de las aspiraciones de todo un mundo, el empresarial, preocupado

entonces lo que cada pieza es o sugiere, según su respectivo título”. Ramírez Villamizar fue suficientemente creativo y admiró mucho el arte prehispánico para pretender seguirlo de cerca. El escultor conoció los principales lugares arqueológicos de América Latina, y estas vivencias le ayudaron a fortalecer su concepción de las formas y le estimularon a desarrollar las más variadas recreaciones de lo precolombino. El artista siempre mostraba con orgullo en su jardín un monolito agustiniano que representa la figura de un escultor con sus herramientas de trabajo; se sentía heredero de unos artistas anónimos que, como él, inscribieron sus creaciones “en un mismo proyecto ordenador capaz de ha-

cer transparente la trans-forma esencial del universo”, según palabras de Carlos Silva. Sin embargo, no hay duda de que las obras de Ramírez son fundamentalmente modernas, y de que así como se entrelazan con la voluntad de abstracción geométrica ancestral, también están vinculadas a una tradición del siglo XX que se remonta a los ensamblajes de Picasso realizados entre 1912 y 1916. En medio de su rica producción de los ochenta con recuerdos prehispánicos, el artista llevó a cabo la construcción titulada “Homenaje al cubismo” (1989), una especie de guitarra con claras alusiones a los instrumentos musicales que predominaron en los “assemblages” iniciales del español. Esta escultura la hizo Ramírez Villamizar pocas semanas después de ver en el Museo de Arte Moderno de Nueva York la exposición “Picasso y Braque guiando el Cubismo”. Las construcciones del colombiano pertenecen a un sector muy importante de la escultura moderna que tiene sus orígenes en los primeros decenios de la centuria pasada. En 1979, Margit Rowell fue la curadora en el Museo Guggenheim de Nueva York de la exposición titulada “La dimensión planar: Europa 1912-1932”, que rastreó exhaustivamente la tradición de las esculturas construidas durante sus primeros años. En este periodo, el único latinoamericano que realizó esta clase de trabajos fue el uruguayo Joaquín Torres García en su etapa parisina, 1926-1932, donde fue uno de los fundadores del grupo “Círculo y Cuadrado”. Sin embargo, no sería veraz afirmar que las obras de Ramírez Villamizar proceden directamente de aquel artista. Aunque la presencia de Torres García en Montevideo fue muy importante para el comienzo y desarrollo del arte abstracto geométrico en el sur del continente, no fue su extensa producción la que orientó al colombiano en sus primeros años. En Latinoamérica hemos mirado siempre primero a Europa o a los Estados Unidos, y sólo ocasionalmente y de modo secundario a los vecinos. No puede negarse que nuestro artista llegó al arte abstracto y luego al mun-







72

do de las construcciones estudiando el arte internacional.

No resulta fácil resumir la vasta producción de Ramírez Villamizar. En síntesis apretada puede decirse que sus trabajos más significativos son sus óleos de fines de los años cincuenta; sus relieves en madera de los primeros sesenta; sus esculturas exentas de los últimos sesenta trabajadas en láminas acrílicas blancas; sus variadas construcciones especialmente en metal de los años setenta y primeros ochenta, en las que se entrecruzan las referencias a la arquitectura y a la naturaleza y simultáneamente a la escultura contemporánea y al arte prehispánico; sus construcciones más relacionadas con el mundo formal precolombino y que comienzan con la serie “Recuerdos de Machu Pichu”, de 1984, y muchas otras esculturas con diferentes motivos de inspiración, entre los que abundan los que tienen que ver con la naturaleza (“Aerolito”, “Elogio del Caribe”, “Caracol”, “Manantial”, “Cóndor”, etc.). Antes de convertirse definitivamente en escultor, Ramírez Villamizar llevó a cabo una hermosa producción de relieves. Estas obras constituyeron la transición más lógica entre sus óleos y sus construcciones. Desde 1959, año en que concluye el “Relieve dorado” para el antiguo Banco de Bogotá, hasta 1965, cuando termina el “Mural horizontal” para la Biblioteca Luis Ángel Arango, el artista ejecutó numerosos y variados relieves; los hay de planos adosados unos sobre otros y los que tienen planos que se despegan del fondo; los que tienen pocos elementos –como el “Relieve circular” de 1960, que le mereciera el primer premio en escultura en el Salón Nacional de 1965– y los que presentan composiciones complejas con recuerdos de la orfebrería precolombina. La mayoría están pintados de blanco, pero hay algunos rojos.

Una vez radicado en Nueva York, Ramírez Villamizar realizó numerosas esculturas en láminas de acrílico blanco. En ellas el espacio aparece definitivamente en sus construcciones y en varios casos los planos se



vuelven secundarios en medio de las formas vacías. Son obras de 1967 y 1968 en las que los elementos formales parecen reproducirse con variantes de escultura en escultura hasta constituir un conjunto armónico y cohesionado. Luego de las variadas obras a partir del módulo de la escultura pública “Cuatro torres” de Vermont, y de la construcción “De Colombia a John Kennedy”, de Washington (1973), Ramírez Villamizar, de nuevo en el país, realizó a lo largo de los setenta y a comienzos de los ochenta una rica producción en la que la arquitectura y la naturaleza están presentes. De estos años son, entre otras, las “Construcciones horizontales”, “Las naves espaciales”, los “Peines de viento” –en homenaje a algunas obras de Eduardo Chillida–, los “Insectos policromados”, o los “Caracoles-pájaros”, los

“Caracoles-flores”, “Catedral policromada”, “Arquitectura”, “Interior de pirámide”, etc.

Desde la escultura “Orquídea” (1978), el artista comenzó su producción de construcciones de hierro oxidado. A partir de ese año y hasta “Los recuerdos de Machu Pichu” (1984), el escultor hizo varias obras con aquel material sin pintar, pero todavía realizó unas cuantas con sus superficies cromadas. Entre otras se destacan “Flores para Feliza”, “Columna flor”, “Río en la selva” y “Máscara”. Entre las varias esculturas de hierro oxidado deben mencionarse

“Arquitectura insecto”, “Catedral Juan Sebastián Bach” y “Flor para Marta Traba”. Con estas obras el artista se retó a sí mismo y rompió con la idea de la escultura de acabados hermosos. Cada día más exigente con su trabajo, Ramírez Villamizar realizó



desde entonces unas construcciones ascéticas, con el hierro o acero oxidados o en proceso de oxidación. Luego de visitar Machu Picchu a fines de 1983, el escultor trabajó a lo largo de 1984 la serie que lleva el nombre de esas ruinas portentosas que relacionan la arquitectura y la escultura y que constituyeron un conjunto de construcciones que aluden a los muros, a las terrazas, a los caminos y a los canales de irrigación de los incas, e igualmente al aire que golpea las murallas, al agua que cae en delgadas cascadas, a la ma-

la geometría recóndita del mundo natural preside toda su obra: “Toda la geometría está en la naturaleza. El hombre la encuentra llevando las formas naturales a su esencia básica. La luna es un círculo. Un círculo es la luna. Uso la geometría y ella me devuelve a la naturaleza. Sé que en mi jardín yo me paseo entre triángulos, espirales y círculos cuando voy entre las hojas y las flores”.

Uno de los aspectos más importantes de la producción de Ramírez Villamizar es el que tiene que ver con sus esculturas públicas. Desde “Relieve dorado”, concluido en 1959, hasta “Puerta del tercer milenio” de 2000, ambas en Bogotá, el escultor llevó a cabo un buen número de trabajos públicos, algunos especialmente ejecutados para el edificio o el lugar y otros ya listos, instalados en esos espacios teniendo en cuenta su tamaño o su significación; los casos, entre otros, de “Construcción horizontal como el mar”, colocada en el cine Almeida de Pamplona, y “Custodia-homenaje”, puesta frente a la catedral de la misma ciudad de Norte de Santander. Las obras públicas del artista son: “Relieve” (1962), en el Banco de la República de Cúcuta; “Relieve Blanco” (1963), en el Banco de la República de Bucaramanga; “Serpiente precolombina” (1964), en la fábrica de gaseosas Lux de Cali; “Relieves Blancos” (1964), en el American Bank de Nueva York; “Construcción suspendida” (1968), en las residencias para artistas Westbeth de Nueva York; “Cuatro torres” (1971), en una autopista de Vermont, cerca de la universidad; “Columnata” (1972), en el Fort Tryon Park de Nueva York; “Hexágono” (1972), en la Beach Channel High School de Nueva York; “De Colombia a John F. Kennedy” (1973), en los jardines del Kennedy Center de Washington; “16 Torres” (1973), en el Parque Nacional de Bogotá; “Friso precolombino” (1979), en el Banco Santander de Cúcuta; “Torre Roja” (1979) en la urbanización San Diego de Medellín; “Nave Espacial” (1979), en la plaza del Centro Internacional

Uno de los aspectos más importantes de la producción de Ramírez Villamizar es el que tiene que ver con sus esculturas públicas. Desde “Relieve dorado”, concluido en 1959, hasta “Puerta del tercer milenio” de 2000, ambas en Bogotá, el escultor llevó a cabo un buen número de trabajos públicos, algunos especialmente ejecutados para el edificio o el lugar y otros ya listos, instalados en esos espacios teniendo en cuenta su tamaño o su significación.

gestad de las montañas y, sobre todo, a la eternidad del tiempo que se siente en Machu Picchu. Aparte de otros trabajos inspirados en aquellas ruinas, Ramírez Villamizar realizó, como ya se dijo, muchas otras construcciones vinculadas de diversas maneras a las expresiones de la estética precolombinas, desde la arquitectura hasta la orfebrería, pasando por la escultura y la cerámica. Pero si todas estas esculturas con recuerdos prehispánicos están respaldadas por su admiración a la arquitectura, el artista también siguió apegado a la naturaleza. Teniendo en cuenta las propias declaraciones del escultor,



de Bogotá; “Muro abriéndose” (1981), en el Centro Fabricato-Colseguros de Medellín; “Caracol de crecimiento ilimitado” (1977-1985), frente a la Secretaría de Educación del Distrito de Bogotá; “Entrada a las piedras sagradas” (1988), en el Parque Baconao de Santiago de Cuba; “Espejo de Luna” (1989-1990), frente al World Trade Center de Bogotá; “Doble victoria alada” (1994), en la Avenida a El Dorado de Bogotá, y “Puerta del Tercer Milenio” (2000), al ingreso sur del parque del mismo nombre en Bogotá. Escul-

turas para sitios muy variados, siempre controlados por el artista, en diversos materiales, en muchas escalas y en múltiples composiciones. Un gran conjunto de obras que permite aseverar que Ramírez Villamizar es el artista por excelencia de las esculturas públicas en Colombia. Casi todas imponentes y, sobre todo, aleccionadoras, como a él le gustaba afirmar: muestras de orden y armonía en medio de un país caótico y en permanente discordia.